

Martínez Campos, 15/IX/1996
GUIA
(Publ. GUIA, Ventanas, 4-B,
15 de Septiembre de 1996)

LOS PALOS DE CIEGO

Silviano Martínez Campos

Nunca ha tenido caso romper un piñata con la vista descubierta. Si algo le da su atractivo es precisamente el hecho de que con una venda en los ojos y armado de un palo, el escogido, mareado un poco por las vueltas desconcertantes que le da el guía del grupo, comience a buscar su sentido de orientación después de que tocó, con el garrote, el centro de la olla y comience por sí solo a buscarla para perseguir el objetivo de quebrarla.

No siempre lo ha de lograr el primero que lo intenta, ya que por razones pedagógicas, para que se sientan como lo que son, útiles y participativos, se comienza por los más pequeños.

Ya después vendrá el más grandecito, el más maduro, el más audaz y se le dará la oportunidad de que finalice el juego rompiendo totalmente la piñata.

Otra cosa será el significado en sí del juego, usual en época navideña, aunque dicen que inicialmente era una especie de instructivo para dar a entender que a garrotazos de vencimientos propios se derrota el mal (el pecado) para después recibir el premio, simbolizado por la fruta variada.

Y tendrá qué culminar en la ruptura de la piñata, porque si no sería el cuento de nunca acabar.

Lo interesante en todo caso, es que se trata de un juego comunitario, en el cual, aparte del guía que venda a los aspirantes a romper la piñata y los orienta para que puedan realizar su cometido –ante los obstáculos que le pone quien maneja la reata y sube o baja el cántaro según el caso--, hay un público festivo que alienta al competidor y eventualmente lo desorienta con información falsa, en un bello juego, en el que nadie debe enojarse.

Aunque durante la refriega, haya los riesgos de que el parcialmente desorientado poseedor del garrote le endilgue un garrotazo a alguno, o que a la hora del reparto, en el montón o por el abuso de alguno de los “malosos”, que nunca faltan, alguien salga con un tepalcatazo en la cabeza.

Suponiendo, sin conceder, que en el juego el del garrote, vendado, fuera dejado a sus propias fuerzas sin guía ni nada, desubicado del centro que ha captado, donde está la piñata, daría, sí, en ese caso, palos de ciego, sin ningún fin ni objetivo, ante la desconcertante gritería del grupo.

Pero como las cosas no están hechas así, hay siempre un guía y hay siempre una comunidad festiva que ayuda al “héroe” del garrote a cumplir su personal y único cometido de romper la piñata, que en ese sentido sería propia pero no para sí mismo, sino para los demás y aun cuando puede adelantarse y aprovechar su puesto para ganar más fruta, no se vale, porque trabajó por todos y allí está su parte, independientemente de que se gane o le regalen también la fruta, porque de lo que se trata es de compartir.

Los aficionados a los juegos podrían decir, a través de la canción, que “la vida es la ruleta en que jugamos todos”, pero los aficionados a las piñatas podrían replicar que más bien la vida es la piñata en que participamos todos.

Porque si uno trata de jugar solo (por lo demás imposible e ilusorio, porque lo quiera uno o no, siempre hay público), corre el riesgo de dar palos de ciego.

EL JUEGO DEL TANTEO

Y obviamente hay palos de ciego individuales (individualistas) y colectivos (colectivistas), pero los errores que significan esos proceder a tientas y a locas, de todas maneras tienen repercusión en el grupo, porque si bien puede uno dar un garrotazo, también se revierte y puede recibir tamaño tepalcatazo en la cabeza.

No hay mayores dolores que recibir un tepalcatazo en la cabeza, aunque alguien pueda decir que es peor recibir un golpe en el corazón.

Tepalcatazo en la cabeza, el supuesto centro de su razón, con lo que queda humillado su ego, su narcisismo, puesto que creía que lo sabía todo o que sabía más que otros, pero esto es para que aprenda.

O el garrotazo en el corazón, con el que queda humillado el narcisismo, el ego afectivo, el de la emoción, el de la consideración propia.

Cuál golpe sea preferible, si se diera a escoger, es difícil saberlo; pero una vez dado el garrotazo, ni quien lo quite, queda uno tocado.

El caso es que hay palos de ciego individuales y colectivos (o más bien comunitarios).

Palos de ciego afectivos de quien busca por la sierra un amor que perdió o mantiene fijaciones en quello de que un viejo amor ni se olvida ni se deja, o se forja ilusiones al afirmar que la chancla que yo tiro no la vuelvo a levantar o le dice a alguien ya no te quiero (pero por dentro sabe que es de mentiritas) y toma canciones prestadas (lo que es legítimo) para expresar pensamientos propios, en lugar de poner a vibrar su propia música.

Pero también palos de ciego mentales y buscados con frentazos aquí y allá; llevado por las modas y ahora vende su alma a una capillita ideológica, después a otra y al rato a otra más y llega un momento en que no sabe dónde quedó la bolita.

Palos de ciego en los encuentros personales con el otro (le dicen también relaciones humanas) y nada más porque lo ven feo, ya se cree el último del mundo y se trata él mismo como trapeador; o nada más porque lo ven bonito, ya se cree “la mamá de Tarzán”, Narciso, Adonis y lo máximo.

Todos son tanteos, hasta que tal vez llegues a entender que ni eres el último ni eres el primero. Ni eres el más feo (a) ni eres el más bonito (a). Ni eres el más pobre, ni eres el más rico. Ni eres el más sabio, ni eres el más ignorante. Ni eres el más bueno, ni eres el más malo. Ni eres el único, pero tampoco eres del montón. O sea, que eres original, irreplicable y por eso mismo valioso.

De los palos de ciego comunitarios, mejor ni hablar. Decía el poeta que hay aves que cruzan el pantano sin mancharse el plumaje. Tal vez en lo personal tanto como en lo comunitario, habrá pocas personas que han pasado por la vida o pueblos por la historia, sin mancharse el plumaje.

Aunque se diga a veces que nacemos con el plumaje manchado. O de plano sin plumaje.

La letanía de palos de ciego en nuestra sociedad actual, es interminable y, por fortuna, ya todo mundo (o todo el mundo) la estamos aprendiendo. Es por demás recordarla, para qué, qué caso tiene, todo mundo lo sabe. Que el ambiente deteriorado, con sus agujeritos de ozono, sus desiertos progresivos o sus ríos muertos; que la violencia de todos tipos; que la economía averiada con sus innumerables secuelas como la pobreza extrema de millones. Et. Etc.

Ante esto, podría tal vez haber diversas actitudes personales o comunitarias como en fin, ya para qué (pesimismo), esto ya valió (derrotismo), sálvese quien pueda

(aislamiento); me vale (individualismo), a mí lo mío (nacionalismo cerrado), cada quien que se rasque con sus uñas (autosuficiencia), a ver a cómo nos toca y quien tenga más saliva que trague más pinole (autoritarismo); o que se haga la voluntad de Dios en los bueyes de mi compadre (etnocentrismo).

Pero...

...LOS GARROTAZOS COMPARTIDOS DUELEN MENOS

Y no es que a propósito se busquen garrotazos, vienen solos; pero si le tupen a uno solo, dónde queda la solidridad y la hermandad humana.

O todos coludos o todos rabones y si las recientes clasificaciones enlistaban un primer mundo, un segundo, un tercero (y parece que había más), ahora, al haber desaparecido el segundo, habrá que acomodar las cosas para que de una vez por todas no quede ninguno.

O más bien para que quede uno solo. Y aunque en la dimensión personal cada cabeza es un mundo, en la relación social cada etnia, cada pueblo es un mundo, por su peculiaridad y valor propios.

Pero nuestra realidad nos está diciendo que realmente sólo quedó un mundo. Se acabó el otro, el viejo, y sólo hay un Nuevo Mundo, medio tambaleante, pero allí está y sólo podrá regenerarse (renacer) si entre pueblos y naciones se comparten los garrotazos de las crisis y las frutas de la piñata o sea de la Tierra.

Así como en lo personal si no cuenta uno con guías y acepta la autoridad (no el autoritarismo) de los mejores, aunque siempre, como todos lo somos, imperfectos, andamos dando palos de ciego, garrotazos a diestra y siniestra, así también se requiere la guía, en el mundo, de los mejores para sortear las inesperadas y sorpresivas dificultades en que nos encontramos.

Y aun cuando en todas partes puede encontrar uno una mano tendida y liderazgos honestos, no sería por demás aceptar los liderazgos perennes de los hombres y mujeres que a lo largo de la vida de pueblos y sociedades han demostrado su autoridad, como es el caso de fundadores de religiones y sus textos fundantes.

En nuestra área del mundo hay mucho de dónde cortar al respecto. Y aun cuando hay en todas las comunidades liderazgos respetables, no es en balde que a nivel amplio haya sido aceptado el liderazgo moral del dirigente de los católicos, el Papa Juan Pablo II.

Aun cuando no es tiempo ya de teocracias, la dimensión religiosa de la vida, que alguna vez se desentendió, puede reanimar (revitalizar) a esta sociedad en dificultades.

En este sentido y en un mundo plural, la comunidad cristiana (Iglesia) vuelve de nuevo a tomar papel protagónico en la historia del hombre (aun cuando algunos sostengan que el mismo concepto de historia, por la realidad actual, está a revisión), para ser guía, madre y maestra de muchos, de quienes la acepten.

Pero, con mucho, para el cristiano el verdadero guía es Jesús el Cristo (El Mesías), quien facilita las cosas (no que libre de los garrotazos que nos damos unos a otros), nos ayuda a no dar palos de ciego.

Nos ayuda a pegarle a la piñata para obtener sus frutos, en medio del regocijo del respetable público, del de aquí y del de "allá", formado por los hombres nuevos según la fe: pero también por ángeles, arcángeles, querubines y serafines, conforme a las bellas concepciones del viejo mundo, cuando en parte no se perdía aún el encanto de una realidad "mágica", siempre novedosa, que nos sobrepasa en la maravilla de sentirse vivo.

